



(Morel y su mujer se miraron de nuevo: yo seguí como si no advirtiera su embarazo.)

### RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

Era á fines del año 1791: el enemigo amenazaba nuestras fronteras; la mayor parte de la nobleza había emigrado, y el clero se había sublevado contra la nueva constitución social: su resistencia apresuró las medidas revolucionarias que se pensaban tomar contra él. Se proclamó la supresión de los monasterios y de los antiguos obispos, la regularización del clero ordinario, la venta de los bienes de la iglesia, y finalmente se fijó un tratamiento nuevo para sus miembros.

Adivinase cuánta gente llevarían estos cambios á Inglaterra, donde todavía eran tan profundos los sentimientos religiosos, y los sacerdotes tan poderosos. Se habían quebrantado muchos intereses espirituales y temporales para que no se encontrara resistencia.

No fueron solamente las aldeas las que se revolucionaron: las ciudades, que perdían su obispo, sus capítulos y sus conventos, se levantaron también: así en Saint-Pol la municipalidad declaró unánimemente, que si se quitaba su obispo á esta ciudad, que consta de más de 3,000 almas, al menos era indispensable que la dejaran «un cura en jefe, diez vicarios, un padre sacristán, cuatro chantres, un «serpenteon, tres músicos, un maestro de capilla, cuatro niños de «coro, un organista, un entonador, un campanero, un relojero y un «blanqueador.»

Cuando se notificó á los administradores de Morlaix que pusieran sellos á los archivos del obispo de Morche, se escusaron diciendo que sus principios religiosos no les permitían llenar una misión semejante.

En cuanto á los sacerdotes, unos se habían embarcado en Benodet y en Binic, ó habían salido para España y las islas británicas; otros, olvidando sus juramentos, habían abandonado sus curatos, y casi todos, desde dentro y fuera, escitaban á los fieles á la revolución.

Los conventos, por su parte, rehusaban el dar sus bienes al estado, se negaban á abrir sus puertas y á reconocer la ley por la cual debían reunirse para formar una comunidad regular: se necesitaba por consiguiente echarlos por fuerza y sellar los monasterios.

En Cashais se había intimado veinte veces á los calvarienses la

órden de obedecer la ley; pero en vano: así que, fué necesario que se presentaran los oficiales municipales seguidos de una multitud de soldados. El patio estaba lleno de mugeres y niños, á los que se acababa de repartir la limosna cotidiana; el síndico preguntó por la superiora, y al momento apareció ésta detrás de la verja rodeada de sus hermanas.

- La ley os manda que salgais al instante, le dijo.
- Mis votos me mandan quedarme, respondió la priora.
- En nombre de la nación abrid esa puerta.
- En nombre de Dios no puedo abrirla.
- Entonces ¡echadla abajo!

Entonces se adelantaron los soldados para ejecutar esta órden, mientras que las monjas arrodilladas entonaban con voz clara y tranquila el *Miserere mei*...

Bien pronto voló en pedazos la verja: los oficiales municipales entraron en la grada y digeron á las monjas que indicara cada una lo que la pertenecía en el convento.

—Todo lo que aquí hay, respondió la superiora, pertenece á Dios ó los pobres.

- Pero ¿vuestros muebles?..
- Conservamos nuestra cruz y nuestro rosario.
- Vuestras camas...
- Podemos dormir en el suelo.
- Al menos vuestros libros de rezo.
- Los sabemos de memoria.
- Pues lleváoslo todo, dijo el oficial municipal á los soldados.

Corrieron estos á las celdas, y todo lo que en ellas se encontró fué hacinado á la ventura en los carros, donde hicieron también subir á las calvarienses.

Entonces ellas, volviéndose por última vez hacía los tilos del jardín, hacía su patio lleno de yerba, y hacía sus paredes entapizadas de yedra, abrazando de una mirada el asilo en que la mayor parte habían envejecido, sin decir una palabra, sin verter una lágrima, cruzaron las manos sobre su rosario, tomaron asiento en los carros, y partieron.

Por otra parte, los sacerdotes constitucionales establecidos por los comunes eran rechazados por los pueblos; y si en algunas partes se

14 DE SEPTIEMBRE DE 1831.



les consentía, la iglesia estaba desierta y el presbiterio abandonado. Hasta los niños huían al ver á los curas nuevos, gritando:

—El jurador, el jurador.

Llegaba á tanto la aversión que se les tenía, que no encontraban quien quisiera hablarlos, ni venderlos, ni servirlos; se les hubiera creído unos de esos descomulgados á quienes las antiguas sociedades prohibían el agua y el fuego.

En cuanto á los no juramentados, la persecución les había dado una nueva santidad y un poder invisible: ya no eran solo sacerdotes, eran mártires. Bastaba para salvarse oír una de sus misas, confesarse con ellos, recibir el viático de sus manos.

Cada parroquia tenía por lo menos uno de estos proscritos, que desde su retiro ejercía un dominio absoluto sobre las almas: á ellos solos pertenecía el derecho de *atar ó desatar sobre la tierra*. Se les traían de muchas leguas y á media noche niños que bautizar y moribundos que bendecir: todo casamiento que no hubieran hecho ellos se tenía por impuro. Arrojadlos de sus iglesias erigían altares en medio de los matorrales, en el fondo de algun bosque ó sobre el mismo mar. Entonces los niños de coro iban de cortijo en cortijo, con un baston de acebo en la mano, y golpeando en los postigos de las puertas decían á media voz:

—Mañana á media noche... en tal encrucijada, sobre tal colina ó cerca de tal precipicio.

Al día siguiente mugeres, niños, ancianos, todos estaban en el lugar indicado, con la cabeza desnuda y el rosario en la mano.

Irritados con estas resistencias, algunas administraciones usaron de fuertes represiones, y otras hicieron la vista gorda; pero la indulgencia y la severidad fueron igualmente impotentes; así que hubo necesidad de recurrir á la violencia, y se mandó: «Que todas las iglesias y capillas que no fueran parroquiales se cerraran en el término de veinticuatro horas; que todos los sacerdotes no juramentados permanecieran en estado de arresto; que todo ciudadano que en vez de hacer bautizar á sus hijos por el cura constitucional, recurriese á un injuramentado, sería denunciado al acusador público.»

En este estado de cosas me ocurrió una aventura singular que me hizo encontrar con un hombre que no había visto desde mi infancia.

Había yo llegado á ser el apoyo del poder de un tal Kerneau, de París, que había adquirido á vuelta de algunos años considerables propiedades en nuestro departamento.

Entre estas se encontraba Locurora, antigua casa que había venido á convertirse en cortijo, y estaba situada en Pleneuf, y á la cual tuve necesidad de ir para hacer un nuevo arrendamiento. Tomé un pasaporte para Miguel, mi mozo de almacén, porque habiéndose hecho tan grande el número de los sospechosos, la policía de los caminos se había vuelto muy severa: dejé á Miguel en Saint-Brieve, y continué solo hacia Pleneuf.

El mes de diciembre estaba concluyendo; el viento era muy frío; el cielo estaba encapotado, y los caminos llenos de lodo á causa de las recientes lluvias; así que me costaba bastante trabajo el hacer salir mi charaban de los barrancos: para colmo de tantas desgracias mi caballo perdió una herradura, y me fué necesario buscar un mariscal en el primer pueblo que encontré.

Mientras que le estaba herrando pregunté si faltaba mucho para Locurora.

—¿Va V. á Locurora? me preguntó levantando la cabeza.

Yo le respondí afirmativamente, y él, volviendo hacia otro lado la cabeza, me dijo:

—No encontrará V. posada.

—Lo sé; pero tengo necesidad de ir.

—Puede ser que Morel no quiera recibiros.

—Estoy cierto de que sí.

El mariscal me miró por cima del hombro y me dijo:

—¿Acaso es V. su amo?

—Casi, casi: soy su recaudador.

—¿Entonces vendrá V. de Saint-Brieve?

—Sí; pero concluya V. pronto, porque tengo prisa.

El mariscal no participaba ciertamente de mi impaciencia, y parecía que se empeñaba en prolongar mi detención: examinó una tras de otra las cuatro herraduras de mi caballo, y en todas encontró alguna cosa que hacer; tanto, que me hizo perder la paciencia hasta el punto de que cogiendo la brida de mano de su mozo le declaré que quería partir.

—Mejor haría V., me dijo, en pasar aquí la noche, porque á estas horas no están seguros los caminos: yo sin escucharle subí en mi charaban y le pregunté:

—¿El camino mas corto es por medio de los matorrales?

—Sí, me respondió; pero si V. no le conoce, seguro que se extraviará en él.

—Entonces tomaré el camino de abajo que conduce directamente á la quinta.

—Directamente, repitió él con sentimiento.

Y partí sin escuchar mas.

Las observaciones de este hombre me habían hecho sin embargo alguna impresion. La noche se ponía sumamente oscura, y los asesinatos no eran raros en este país; por lo que resolví hacer apretar el paso á mi caballo.

Hacia algun tiempo que iba caminando, cuando de repente descubrí en la sombra un grupo de hombres que iba delante de mí. Al ruido que hacia mi carruaje se volvieron apartándose á un lado con cierto temor: pasé corriendo por cerca de ellos; pero apenas había andado unos doscientos pasos, cuando me encontré otro segundo grupo y poco mas allá un tercero.

Al atravesar la encrucijada distinguí muchos otros que llegaban de distintos lados; parecia que todos seguían el mismo camino que yo y se inclinaban al mismo punto.

La sorpresa que había recibido no tardó en cambiarse en inquietud: ¿adonde iban estos hombres y por qué se reunían? El camino que llevaban parecia conducirlos á Locurora. Entonces me acordé de que mi arrendatario me había sido señalado en los informes que había tomado respecto al pago de su arriendo, como un paisano rico, influente y enemigo de la revolucion; así que empecé á comprender las instancias del mariscal para que me quedara en su pueblo, y hasta me arrepentí de no haberlo hecho. Vacilé por un instante entre la idea de seguir ó volverme; pero los techos puntiagudos de la casa se veían ya destacar en la sombra, me dió además vergüenza de retroceder, y me decidí á llamar á la puerta, donde vino á abrirme el mismo Morel, quien retrocedió de sorpresa al verme.

—¡Señor! ¡V. aquí, tan tarde! me dijo:

—Los caminos están tan malos que no he podido llegar antes: vengo á hacer el arrendamiento.

El murmuró una frase de reconocimiento.

—Mi caballo viene herido, y en cuanto á mí, estoy muerto de frío: con que busca donde colocarnos á entrambos.

—Toda la casa está á vuestra disposición, respondió con embarazo el arrendatario.

Conoció que mi llegada le embarazaba; pero al decidirme á entrar había resuelto que lo que se necesitaba sobre todo era no mostrar miedo alguno: así que seguí á Morel despues de haber confiado á un mozo mi charaban.

La arrendataria que había sido informada de mi llegada, vino á complimentarme y me dijo con palabras entrecortadas:

—Es una desgracia que no nos haya V. informado de su venida para tenerlo todo preparado para recibirle.

—No quiero mas, la digo, que una luz, una ensalada y una cama.

—Es que se duerme mal en esta pieza, porque se oye mucha gente y mucho ruido.

—Pues llevadme á otra, dije yo con indiferencia.

El arrendatario y su muger se miraron.

—Podeis pasar á la sala artesonada, dijo este con un tono de voz poco firme.

Hice pues que me condujeran á ella: era esta una sala que no tenía salida mas que hacia el piso bajo, ocupado por la muger del arrendatario; así que no puse ninguna dificultad.

—Vaya por la sala artesonada, repliqué, con tal que no haya en ella ni lino ni frutas, porque no puedo sufrir su olor.

La arrendataria quedó como desconcertada.

—Señor, á V. le gustaria mas acostarse en la panera de la avena.

—Con tal que se pueda encender lumbre...

—No hay chimenea.

—Entonces llevadme á otra parte, porque el frío es lo que mas temo.

Morel y su muger se miraron de nuevo: yo seguí como si no advirtiera su embarazo.

—Es que no hay otra habitación, murmuró la arrendataria.

—¡Bah! digo yo levantándome y como volviendo en mí de repente.

—Ahora que me acuerdo: ¿y el almacén del piñon?

Entrambos se estremecieron.

—Allí debe haber una cama, porque mi predecesor dormía allí muchas veces.

—Es cierto, respondieron.

—Pues eso es lo que necesito: con que llevadme allá.

—Escuchad, señor, me dijo la arrendataria.

—¡Qué! ¿no está desocupada aquella habitación? pregunté yo mirándolos.

—Perdonad; pero todo está revuelto... esperad aquí un instante; voy á prepararla.

—Id, pues, digo yo, volviendo á sentarme; pero sobre todo acabad pronto porque me estoy cayendo de sueño.

La arrendataria salió y Morel no tardó mucho en seguirla.

Experimenté grandes inquietudes porque no me quedaba duda de



que en la quinta pasaba alguna cosa de extraordinario, y no sabía hasta qué punto podía contar con la fidelidad de mi arrendatario de Locurora. Por otra parte, su voluntad podía ser inútil si se trataba según yo comenzaba á temer de una reunion de insurgentes. Conocía hasta qué punto llegaba la aversion de los paisanos á los patriotas, y sabía que mi opinion era conocida; y finalmente, contra mi costumbre me encontraba sin armas, en un pais cuyas revueltas me eran desconocidas: hé aquí la razon por qué no había querido pasar la noche ni en la sala artesonada, ni en el almacén de la avena desde donde la huida era imposible. La sala del piñon que fué la primera que me debieron ofrecer, puesto que es la mas á propósito para recibir un huésped, tenía por el contrario una entrada separada que yo conocía, lo cual era una doble puerta de salvacion si mis temores eran fundados.

Sin embargo, la arrendataria no volvía: Morel había entrado muchas veces y vuelto á salir otras tantas; le había visto hablar misteriosamente con los mozos de la quinta, desaparecer, volver á entrar para salir de nuevo. Reinaba en toda la casa un gran movimiento é inquietud: los criados hablaban por lo bajo, se dirigian miradas de inteligencia, y andaban sin zuecos para hacer menos ruido.

Vino por fin á buscarme la arrendataria, y aunque con un poco de recelo, me condujo á la habitacion que me habían dispuesto, me preguntó si necesitaba alguna cosa, y habiéndola dicho que nada me hacía falta, desapareció.

Al instante eché el cerrojo á la puerta y tendí en mi rededor una mirada de ansiedad. La sala estaba débilmente alumbrada por una sola luz; di una vuelta á toda ella registrando los rincones y levantando las cortinas. Me aseguré por fin de que una de las ventanas daba al jardín, y ya mas tranquilo me aproximé al hogar donde ardía un tronco de árbol que despedía luz y calor á gran distancia. En cualquier otra ocasion no hubiera reparado; pero la inquietud tenía mi atencion en guardia, y conocí que aquel fuego no se había dispuesto para mí, sino que estaba encendido antes de que yo llegara. Buscaba medio de explicarme esta circunstancia, cuando paseando mis ojos al rededor reparé en un libro que estaba sobre la chimenea, y asomaba á medias en una bolsa de paño de esas en que los notarios cerraban entonces un libro de *Costumbres* que llevaban siempre consigo. Noté al tomarle que no tenía polvo, como sucede con los objetos que han permanecido olvidados por algun tiempo. Le abrí para mirar el título, y me encontré con una *Semana Santa*, que á juzgar por lo sucio de sus hojas, debía servir hacia mucho tiempo.

Hojeándole sin objeto cayó al suelo un papel que recogí y decía lo que sigue:

#### ACTOS DE FE.

Creo con fé sincera que la iglesia, aunque esto la nacion quiera negar, ha de estar siempre subyugada al Papa su cabeza primera y principal. Creo que son apóstatas é intrusos los obispos que acaban de nombrar, pues que su bendicion no les ha dado la mitra al recibir su santidad.

#### ACTOS DE ESPERANZA.

Espero que he de ver dentro de poco un cambio que en la Francia se ha de obrar, por el cual nuestros curas y vicarios otra vez á sus sillas volverán. Espero que el Dios justo á quien adoro tratará á los intrusos sin piedad, y á esta pobre nacion tan abatida su santa religion devolverá.

#### ACTOS DE CARIDAD.

Amo al rey de Inglaterra y al de España que con sus fuerzas deben apoyar la causa de los pobres emigrados que han de traer á mi pais la paz. Amo á los jueces rectos justicieros que á los patriotas deben condenar y al hierro ardiente que marcarlos debe, y hasta el verdugo que les ha de ahorcar.

Lei por dos veces estos versos tan chavacanos y feroces, esforzándome por conocer la letra que me parecia haber visto antes, y todavía los tenía en la mano cuando creía haber oido ruido en la escalera: presté atencion, y observé que subian con mucho cuidado, y apagando al instante la luz me aparté del fuego para que no me pudiesen ver.

Dos personas se detuvieron delante de la puerta, hablaron por lo bajo algunos instantes, sentí introducir una llave en una cerradura, darle dos vueltas, y gente que bajaba por una escalera; me aproximé

al instante á la puerta, descorrí el cerrojo y quise abrir, pero la puerta resistió: estaba prisionero.

Desde entonces cesó mi incertidumbre, y conocí que el peligro era cierto; no pudiendo abrir, claro estaba que mis huéspedes me habían cerrado á fin de que no pudiera escaparme; sin duda estaban pensando qué harían conmigo.

Decidido á probar todos los medios de salvacion, corrí hacia la ventana que caía al jardín, y llegó á mi oído un murmullo sordo. Sorprendido de esto, me incliné para mirar á través de los cristales y en toda la distancia á que la noche me permitía distinguir; no vi otra cosa que una multitud de cabezas movibles y desnudas; se hubiera dicho que esta multitud tan apiñada y silenciosa esperaba en tan respetuosa actitud alguna visita soberana.

La curiosidad había suspendido por un momento mi inquietud; pero habiendo hecho aquel gentío un movimiento en que se abrieron las filas, distinguí á Morel que accionando hablaba por lo bajo con algunos. De repente señaló hacia mi ventana, y todas las cabezas se levantaron, lo que me hizo retroceder.

Precisamente se ocupaban de mí; entonces me acordé de que había otra ventana al lado opuesto de la sala; me apresuré á abrirla, y vi que daba á un patio oscuro y retirado: asomé la cabeza y nada oí. Este patio podía tener alguna salida; por otra parte era la única via de salvacion que me quedaba: así que me decidí á bajar.

El techo de mi establo colocado precisamente debajo de la ventana, hacia la bajada tan fácil como segura; y no tuve que hacer mas que deslizarme hasta el suelo: una vez en este patio, era necesario salir; me puse á buscar en medio de la oscuridad, encontré por fin una puerta entreabierta que conducía á un corredor y desde allí á un jardín. Habiendo llegado allí, oí un murmullo de voces que salía de una granja arruinada en la que había luz; me aproximé con precaucion á sus paredes agugereadas, y conteniendo el aliento probé á examinar el interior: el extraño espectáculo que se presentó á mis ojos me obligó á permanecer inmóvil.

De pie delante de unas tablas colocadas en forma de altar y cubiertas con una tela ordinaria, un sacerdote estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, mientras que una muchedumbre inmensa le escuchaba arrodillada. Estaban los hombres separados de las mujeres como en los lugares santos, y los niños ocupaban el centro.

En las primeras filas distinguí al mariscal que había hecho tantos esfuerzos para que no viniese á Locurora. A pesar del gran número de oyentes el silencio era profundo. Este gentío que llenaba la granja, se extendía además bien lejos de ella, y era sin duda el que yo había visto en el jardín. De repente el sacerdote, cuyas facciones no había podido distinguir, se volvió para decir el *ite misa est* y por poco no doy un grito; había reconocido á Bernardo.

(Continuará.)

#### El ojo del amo.

¿Conocen ustedes al marqués de... viejo verde, peluca rubia, corbata blanca y nariz roja; Pilades de todos los actores, Endimion de muchas actrices, y Júpiter de todas las bailarinas?

¿Le conocen ustedes?...

Pues oigan ahora lo que nos contaba hace pocas noches una de las ex-heroínas del teatro del Circo.

Todo el mundo sabe que ese noble en conserva es un maniático del género insipido. Entre las muchas excentricidades que le distinguen, tiene la de levantarse con la aurora y recorrer plazuelas y mercados en busca... ¿quién lo dijera! de su ordinario y escaso alimento.

Una de las mañanitas del presente otoño se dirigió, como de costumbre, á la plazuela de... Acompañábalo su perpétuo adláter, un misero habitante de Sigoeiro algo parecido al hombre y mucho á su amo en lo de llevar el cuello inflexiblemente estirado. Este pobre mozo que contará ahora diez y ocho años, si los cuenta, sirve á su señor para todos los usos.

Conviene que lo sepan ustedes para que, si lo encuentran por ahí vestido de jockey, puedan reconocerlo.

Pues bien, (como decía la bailarina) esta mañana de que hablamos, tuvo el marqués una ocurrencia extraordinaria.

¡Compró un gallo!... ¡un gallo estremadamente flaco!

—Yo lo engordaré, dijo para sus adentros, yo lo engordaré y tendré el maligno placer de comérmelo solo. ¡Magnífico!

Y volviéndose al natural de Sigoeiro, á quien había despertado esta inopinada ocurrencia (tan melódica y leve era su ordinaria tarea), le dijo lleno de un gozo que no podía disimular:

—Mira, Toribio, es necesario que le des algun pan... algun grano... en fin, de lo que te sobre en la cocina: estás? No tienes mas que arrimárselo á ese pico que ves ahí...



— ¡Si señor!

Y con esto, habiendo llegado á su casa, pesó el marqués su gallo y le colocó en un nicho contiguo á la cocina, —donde su destino debía cumplirse,—y donde estaba, entre otras cosas, el exiguo lecho del espiritual sirviente.

Pasáronse dos días: el impaciente marqués de... corre á pesar de nuevo á su gallo: ni un quilate mas.

— ¡Es demasiado pronto! dijo para sí.

Corrieron tres... cuatro días. El marqués ni aun preguntó por su bipedo, á pesar de que la impaciencia lo devoraba. Llegó por fin el quinto, y no pudiendo ya contenerse, va á la cocina y vuelve á pesar el gallo. Ninguna mejora.

¡Espera dos días mas y ya son siete... y... nada!

Llega al octavo día... y el gallo había ENFLAQUECIDO!..

Entonces reflexionó el marqués.

—Este animal se fastidia, no hay duda. ¡Toribio es un imbécil, sin conversacion y sin!... Mira, muchacho, añadió dirigiéndose al de Sigoeiro, es necesario que distraigas á este pobre bicho: deja ese aire taciturno y canta de vez en cuando; por aquí... las aves son enemigas del silencio.

— ¡Si señor!

El marqués se acostó aquella noche mas tranquilo, saboreando su magnífica idea.

El muchacho, conformándose con ella ó mas bien con el mandato, estuvo cantando hasta que lo rindió el sueño.

Todo el día siguiente lo estuvo oyendo el marqués cantar de media en media hora la *muñeira*, y bailar al compás, en los momentos de mas entusiasmo.

—No es mala idea la del baile, exclamó el marqués, no sin un sentimiento de celos: no había yo caído en tal cosa!.. Si no engorda en medio de tanta alegría...

Y volvía á verlo, y el gallo... flaco, muy flaco... cada día mas flaco!

— ¡Pero qué diablos tiene? se preguntaba el marqués desesperado. ¿No come?... ¿no le cantan?... ¿no le bailan?... ¡A no ser que llevándole al teatro del Instituto!... ¡Pero esto no es posible!... ¡Dios mio!... ¡Si despues de tantos sacrificios!...

Mientras que el marqués trataba de profundizar esta grave cuestion que le distraía de todas sus atenciones, el gallo que para nada las tenía en cuenta... ¡seguía enflaqueciendo, se consumía!... ¡se desecaba!... El marqués no daba crédito á lo que veía (esto nos recuerda á cierto diputado, hombre inteligente, que no pudiendo concebir la estremada flaqueza de pantorrillas del *procurador del DUEÑO* que se ejecuta en *Variedades*, se lo esplicó diciendo: *que eran postizas!*)

Y lo que había en esto de mas extraño, era que al mismo tiempo que este animal, —no hablamos ya del diputado sino del gallo,—que este animal enflaquecía, se le iban cayendo de tal modo las plumas, que se iba quedando ridiculo.

El marqués se perdía en reflexiones, inducciones y deducciones.

—En esta casa sucede algo muy extraordinario, pensó al fin; mi situacion ha llegado á ser intolerable, y es preciso que yo salga de ella á toda costa. No me queda otro remedio que no apartar la vista de ese fenómeno. *La vista del amo engorda al gallo.*

Y dicho y hecho. Con una travesura de ingenio que él mismo no se suponía, calculó abrir un agujero que diese vista al objeto de sus cuidados. Cojió una barrena y abrió á media noche el apetecido conducto, y vió....

¡Abominacion!! vió al de Sigoeiro aplicar á otro conducto del infortunado gallo el dedo índice, á la manera de quien busca y espera encontrar una cosa muchas veces buscada. Inútil es decir que esta operacion tenia lugar entre dos coplas de la *muñeira*.

El marqués salió furioso de su escondrijo.

— ¡Infame!... ya te coji, gritó con voz estentórea, plantándose delante del muchacho, ¿qué haces á ese animal?....

— ¡Señor!... yo... ¡hi!... ¡hi!... ¡hi!...

—No se trata de llorar, sino de explicarse.... ¿Qué le haces?...

—Mire, señor, como no quiere poner... le ando buscando el huevo.

C.

## EL PICO DE MEDIODIA.

Fragmento de un viage inédito.

Despues de haberme calzado las espadillas, especie de sandalias romanas hechas á propósito para trepar; despues de haberme arropado una chupa del pais y abrigado mis piernas con grandes polainas; ceñido el cuerpo con una faja larga con que se da vueltas en la cintura, empuñé el alto cayado de los montañeses teniendo un garfio en un extremo y ferrada contera en el otro, con cuyo equipo me dirigí á

la cumbre conocida por Pico de Mediodia, con el objeto de llegar antes de la aurora. Me acompañaba Simon Charlet, uno de los mejores guia del pais y que lo había sido del entendido geólogo Ramon. Llevaba mi guia en un zurrón la frugal comida para cuando estuviésemos en la cúspide.

La noche era deliciosa, los arbustos sexátiles que crecen en abundancia en aquellos paises como el thym, dejaban escapar sus perfumes, merced á los calores del día y al fresco rocío de la noche. El viento que acostumbra azotar aquellos montes con sus ráfagas, estaba tranquilo y parecia dormir. Solo de vez en cuando la brisa templada de los montes españoles besando aquellas neveras, llevaba á nuestros oidos el murmullo de las cascadas y mil otros ruidos confusos al par que diversos de Castilla y Aragon. La luna empinándose lentamente en el espacio en medio de un fluido de oro producía tambien un efecto mágico; se podía decir que un globo de fuego se paseaba por las cimas. Yo experimentaba muchas sensaciones agradables. Escuchaba con alegría en medio del profundo silencio que reinaba los agudos y alternados alaridos de las aves de rapiña á las que nuestros pasos despertaban. Lo que sobre todo admiraba era el raro efecto de óptica que sobre los montes producía el ástro nocturno. En efecto la luz de la luna en estos climas favoritos, en vez de disminuir los objetos y de suavizar los contornos, idealiza mas que lo de costumbre todos los cuerpos que baña, les presta formas grandiosas, y perfilando con limpieza hasta los ángulos mas imperceptibles de sus contornos, agranda á la vez sus detalles y su conjunto.

Pasada una hora de marcha habíamos llegado casi al pie de Tourmalet. Los picos de la *Campana de Vacca* y de *Espada* se empinaban en la sombra delante de nosotros. Tomamos un pequeño sendero y comenzamos á trepar la falda del Pico de Mediodia.

Figuraos una montaña elevada de 1600 toesas, esto es de mas de 8000 pies sobre el nivel del Océano, que se levanta delante de nosotros como una muralla que pudiese en contacto el cielo y la tierra. Diriais al verla que son los límites del mundo.—Tal fué el camino algo escarpado al cual debíamos aventurarnos y que una infinidad de curiosos habían antes que nosotros recorrido.

Despues de una marcha de dos horas llegamos á la altura de la *Tau*, desde donde no tardamos en ganar el lago d' *Honchet*, cuya altura es de 900 toesas. La noche perdía su lobreguez; nosotros dominábamos millares de montes sobre cuyas espaldas gigantescas divisábamos en medio de las sombras los grandes flancos de yelo: jeteras coronas que recuerdan los mequinos y pálidos florones con que ciñen sus frentes los reyes del mundo!

Pisamos en fin la maceta del monte y nos detuvimos un instante en el sitio en que el naturalista Plantade, sintiéndose desfallecer, pronunció paseando una mirada á su alrededor las siguientes palabras, que fueron las últimas que salieron de sus lábios.— ¡Gran Dios! ¡Qué hermoso es esto!

Aquí es donde á veces en el corazon del invierno los aludes que se desprenden desde la altura del pico saltando una infinidad de miles de pies caen en el lago desbordándole de repente, y casi por entero. Estas caídas de nieves causarán algun día la ruina inevitable de Barreges, cuya salvacion hasta el día solo se esplica con la palabra *milagrosa*, como lo atestigua la carta siguiente escrita de Luz, despues de una inundacion igual en 1788.

«....Apenas habíais marchado, cuando nos vimos amenazados por un acontecimiento siniestro, presagiado por los truenos y por el vendabal que rugían tres dias hacia. Sin embargo nos acostamos casi confiados ¿quién no se hace ilusion en casos semejantes?—Entre doce y una de la noche oí campanadas de alarma. Abro la ventana. El torrente crecía por minutos de una manera asombrosa. Nuestra poblacion estaba próxima á ser arrastrada por su violencia.... ¿Comprendéis lo que es á media noche el alarido de una poblacion que se pierde?... Aun se me eriza el pelo.

Quiero saber donde nos encontramos; ¿pero qué va á ser de mi muger y mis hijos?... Despréndome de sus brazos, y cogiendo una larga percha corro hácia el torrente nuestro enemigo comun... La pradera que nos dominaba había desaparecido... cuatro toesas mas, y la villa hubiera sido arrasada.

Mis compatriotas y yo combatimos durante la noche esta especie de diluvio, y obligamos por fin al torrente desbordado que volviera á su cauce desembarazándole de las rocas que le obstruían. Al rayar el alba el peligro había pasado, pero la luz nos enseñó las aguas á treinta pies sobre el nivel de la inundacion de 24 de setiembre de 1787, cuyos tristes resultados estremecieron á la Europa entera... Esta es la vez primera que he visto llorar nuestros montañeses.

«La mañana siguiente se vió á Mme. Rousseau, muger de corazon y apasionada por estas montañas, se la vió sola subir por el torrente á través de los escombros. Encontró dos familias errantes á la ventura. —¿Adonde vais?—Dios lo sabe; andemos adelante, andemos siempre. —Jamás pudo detenerse... etc.»



Entre tanto subíamos sin parar, y Simon marchando delante me indicaba los mejores pasos y apartaba los obstáculos. Por fin llegamos á lo alto del pico despues de una marcha de cuatro horas. Encima de él los ingenieros geógrafos á quienes el gobierno habia encargado que midiesen la longitud de la cordillera pirináica, se divertieron en construir con pizarras de la cumbre misma un pequeño torreón muy sólido cuya elevacion es de doce pies. Sentéme tranquilamente envuelto en la capa de Simon porque hacia frio en aquella altura, y me puse á contemplar debajo de nosotros. Mas en vano; nada distinguíamos; las densas y vastas neblinas elevándose desde el fondo de los valles subian como un mar de vapores, y serpenteando alrededor de los montes nos impedian distinguir la tierra. En cambio ningun obstáculo velaba la tersa bóveda celeste; y en torno nuestro veíamos, aunque un poco mas bajas, millares de montañas que apiñadas unas sobre otras disparaban sus cumbres lo mas cerca posible de Dios, y hacian brillar á la luz de los crepúsculos sus diademas de nieves vírgenes casi todas, no profanadas aun por el pié del hombre.

Al cabo de media hora apareció un punto luminoso en el horizonte. No tardó este brillante lunar en agrandarse, y de su centro se lanzaron en rayos impetuosos haces inmensos de luz que pintaron el cielo con los colores mas vivos y que se reflejaron en los picachos las luces mas diversas y las tintas mas variadas. En cortos momentos, el sol que parecia vacilar cual si viniese con sentimiento, se transformó en un disco enrojecido que vino á ser el foco de un gran incendio. A medida que el ástro se encumbraba á lo alto de los cielos, sus rayos bajando al fondo de los valles batian las nieblas que se habian amontonado durante la noche y las disipaban. Entonces abandonaban las faldas de los montes y trepaban con rapidez hasta llegar á la cúspide, robándonos la vista del cielo y de la tierra. Por último, los rayos del sol las disolvieron completamente y vimos rasgarse su velo para dejarnos ver uno de esos espectáculos mágicos cuyo secreto se ha reservado Dios.

Ved ahí el panorama que heria nuestra vista, que conmovia nuestro corazón y elevaba nuestra inteligencia.

A nuestros piés á una profundidad inmensa parecia la tierra cargada de habitaciones como hormigueros. De oriente á ocaso nuestra vista se pierde en esta série no interrumpida de eslabones del Pirineo. En la parte de España veíamos Maladeta, la brecha de Rolando y la gran cascada que se precipita á la profundidad de 1266 pies. En el fondo una multitud de poblaciones perdidas en el espacio reflejaban con sus tejados llenos de gotas de rocío los primeros albores de la mañana. Jamás olvidaré tan hermosa perspectiva.

Permanecimos cerca de dos horas en el alto pico. El sol suspendido sobre una cordillera de ochenta leguas despedia torrentes de luz sobre las cascadas y las caprichosas neveras. Entonces se formaban, no ya nieblas como al amanecer, sino verdaderas nubes. Las veíamos subir mesuradamente hácia nosotros; luego, merced á una brisa que se levantó, empezaron á dividirse y aunarse alternativamente y correr por las carenas de los montes cual grandes y fantásticas aves de rapiña. Algunas veces nos hallábamos á la sombra de alguna de estas nubes vagarosas, y á pesar de estar en la sombra no por eso dejábamos de ver al sol. El efecto de este cuadro era maravilloso.

Era ya preciso abandonar estos encantos y dirigirse á Bagneres de Bigorre por el valle de Campan. No me admiro, decia á mi guía mientras bajamos, que los 10,000 estrangeros que vienen cada año á Luz, San Salvador y Bareges, anhelan ver todos la salida del sol desde el Pico de Mediodia, porque es digna de ser admirada; pero lo que si me asombra es que el espíritu mercantil que tanto ha progresado en nuestros dias, no haya hecho establecer aun, en la cima, una habitacion como en Suiza en las alturas de Righi y de Faulhorn á través de cuyas ventanas los ingleses pueden sin dejar la cama contemplar al rey de los cielos salir de su lecho. —C.



(A. tar mayor de la capilla del Condestable don Alvaro de Luna. — T. ledo).



## AMOR A VISTA DE PAJARO.

## CAPITULO I.

## La indolencia.

Eran las once de la mañana del día diez y siete de julio, el año no puede decirse, y en un gabinete amueblado con cierto lujo y elegancia, aunque en el mas amable desorden, se encontraba don Luis de Meneses, envuelto en una ancha bata de tafetan de Florencia rameado, y casi tendido en una butaca de viento. Contaba don Luis veinte y ocho años, mas mas ó menos; tenia cinco pies y seis pulgadas de estatura, linea menos ó mas; era delgado sin ser flaco, y su rostro ni podia llamar la atencion por hermoso ni asustar á nadie por feo, merced á un extraño conjunto de facciones buenas y malas que no se armonizaban mal. En una palabra, era Meneses uno de esos hombres que unos dias parecen á las mugeres admirables, y otros los encuentran bastante menos que medianos. La actitud del jóven indicaba que sufría los penosos efectos del calor de julio; y era su indolencia tan grande, que habia abierto cinco ó seis libros y periódicos, y los habia dejado sin leer mas que los titulos de todos ellos. De pereza, ó á pesar de tanta pereza, suspiraba á veces en cuando, y hacia alguno que otro movimiento, indicio claro de impaciencia. Despues de uno de estos indicios, el último y menos pronunciado, oyó ruido de pasos, y una voz alegre y conocida que le dijo:

—Ya estoy aquí.

El que pronunció estas palabras era un hombre de treinta y cinco años, cubierto de polvo y vestido como la mayor parte de los criados de jóvenes solteros; es decir, con ropa que ha pertenecido á sus respectivos señores.

—¡Gracias á Dios, Francisco! exclamó el jóven, haciendo un esfuerzo para hablar.

—No he perdido el tiempo, señorito: repuso el criado, dando á sus palabras cierta entonación de triunfo.

—Veamos.

—Ya sé cómo se llama.

—¿Y se llama....?

—Magdalena.

—¿Magdalena de qué?

—Magdalena.

—¿Pero esa Magdalena tendrá su apellido?

—El de su padre.

—¿Y cómo se llama su padre?

—No lo sé.

—Francisco, ya temia yo que hubieras hecho una de las tuyas. Te encargué ayer, á las tres en punto de la tarde, que fueras, y no volvieras sin averiguarme quién era una jóven de mas que mediana estatura, delgada, blanca, ligeramente sonrosada, de ojos pardos, cabellos negros, facciones finas y unos pies, unas manecitas iguales á los de una niña de diez años. Te di las señas de su casa, y, despues de haber gastado veinte horas mortales, vuelves muy ufano porque sabes que tan hermosísima criatura tiene por nombre Magdalena.

—No le parece á V. que tiene un nombre bastante bonito?

—No es feo: pero lo mismo me hubiera dado que se llamara Gloria ó Aurelia. ¡Ay, Francisco! para que averigües un nombre tuve ayer tarde que vestirme solo, anoche que desnudarme solo, y esta mañana que medio vestirme solo! ¿Qué caro me cuesta ese nombre!

—Pues añada V., señorito, ochenta reales á esa cuenta.

—¿Pues qué? ¿has dado ochenta reales por saber su nombre?

—Sí y no.

—Espícale pronto, Francisco; si no quieres que haga un esfuerzo y te acaricie con ese par de botas de montar.

—Muchas gracias. He gastado los ochenta reales en ir y venir al Escorial.

—Francisco, ¿has ido á buscar el nombre de mi amada entre los manuscritos árabes del monasterio?

—No sé una palabra de árabe.

—Amado Francisco, con mucho gusto te enviaria á presidio, si no me hicieras falta para barnizarme las botas y limpiarme la ropa.

—Señorito, si no me interrumpiera V. á cada palabra, ya hubiera acabado mi historia.

Meneses inclinó la cabeza en señal de mudo asentimiento, y Francisco continuó:

—Siguiendo las órdenes de V., me dirigí inmediatamente á casa de la señorita Magdalena, seguro de encontrar en el portal prendera, zapatero ó sastre que me sacara de mi spuro. Pero mi estrella fué tan adversa, que no encontré portero siquiera, y completamente desanimado, me pegué á una jamba de la puerta, resuelto á esperar el fin del mundo, si antes la casualidad no queria depararme algunas noticias. Diez minutos llevaria de guardia, cuando se paró frente de mí

una carretela de camino, tirada por cuatro caballos de posta. La vista de la carretela me inspiró una idea, y dije para mis adentros: «Bueno sería que la señora de los pensamientos de mi amo estuviera de humor de viage, y que la viera yo mismo entrar en esa carretela y tomar el camino de la China.»

—Al grano, Francisco.

—Pues es el caso, que apenas habia yo pensado lo que acabo de referir, cuando veo bajar cinco personas, y entre ellas á la señorita cuyas señas me habia dado V. poco antes.

—¿Y quiénes eran las cuatro personas que la acompañaban?

—Un señor alto y grueso, que representaba unos cincuenta años de edad, una señora de mediana estatura y buenas carnes, lo que llamamos una jamona; y dos jóvenes, que eran sin duda las doncellas de la señora.

—Sigue, Francisco.

—Acomodaron en la zaga del carruaje dos ó tres maletas y sacos de noche, subieron las cinco personas á la carretela, y salieron los cuatro caballos al trote corto.

—¿Y te viniste sin averiguar mas?

—Paciencia. Antes de arrancar los caballos, preguntó la jóven al señor gordo: «Papá, ¿á qué hora llegaremos al Escorial?» ¡Caramba y qué voccecita tan dulce tiene la hermosa señorita!

—Prosigue, Francisco, prosigue.

—Esta pregunta fué para mí un rayo de luz: V. me habia dicho que mis orejas estaban en sumo peligro si no le traia buenas nuevas; y como tengo cierto cariño á mis orejas, calculé que lo mas prudente era marcharme al Escorial. No tenia tiempo que perder: me dirigí inmediatamente á la administracion de las diligencias de aquel Real Sitio, y llegué tan á tiempo que ya estaban subiendo á la góndola los pasajeros. Pregunté si habria un asiento para mí, y me encaramaron á la imperiala. Partimos á todo galope, y media hora antes de anoecer dejamos atrás la carretela de nuestra fugitiva. En cuanto llegué al Escorial, me puse en acecho de la carretela, que no tardó mucho; y la seguí hasta la fonda, á cuya puerta paró. Los viajeros se apearon inmediatamente, y la señora jamona preguntó á la jóven: «¿Te has fatigado, Magdalena?» —No señora, respondió esta, y penetraron en la fonda. Satisfecho de mi expedicion, y no queriendo retardar á V. tan satisfactorias noticias, tomé inmediatamente un billete para volverme en la misma diligencia que me habia llevado; cené como hombre que no habia comido, y dormí como hombre que habia cenado perfectamente. Esto ha hecho por V. un criado tan fiel como un perro...

—Y tan perro como un fiel de fechos, murmuró Luis á media voz.

—¿Está V. contento de mí?

—Medianamente.

—¿Y ahora qué debo hacer?

—Voy á saberlo yo. Francisco, ¿cómo estamos de fondos?

Francisco mecía la cabeza de un lado á otro, y frunció los labios; Meneses no pudo averiguar por la expresion de su criado el estado de su tesoro, y precisó mas la pregunta:

—¿Qué dinero tienes?

—Sesenta duros.

—Poco es.

—Ha mediado el mes; observó el criado con aire triunfante: prueba clara de que otros meses en igual día estaban los fondos mas bajos.

—En circunstancias ordinarias podríamos llamarnos felices; pero nos encontramos hoy en un estado escepcional.

—¿Pues qué tenemos?

—Esta noche debemos dormir en San Lorenzo.

—Pues en ese caso....

—¿Opinarás que necesitamos dinero?

—Precisamente.

—Mira, Francisco, tú sabes que hay una persona, á quien yo no sé qué nombre dar, que hace las veces de mi banquero, sin duda porque yo le pago: pues bien, dirígete inmediatamente á casa de ese honradísimo caballero, y pídele de mi parte la cantidad que te parezca necesaria: cuidando mucho de advertirle que tenga la bondad de enviármela antes de las tres de la tarde.

—¿No seria mejor que V. fijara la cantidad y que yo la trajera?

—No: en ese caso tendria que poner el recibo de mi puño y letra; y enviándomela él traerán con el dinero el recibo, y solo tendré que firmarlo.

—¿Y despues que haya zanjado este negocio?

—Despues te diriges á la administracion de las diligencias del Escorial, y tomas dos billetes para esta tarde.

—Así lo haré.

—Mira, Francisco, que no te los den en la imperiala, el mío por lo menos.

—¿Y si no hay billetes?

—Los buscas. Ya sabes que la palabra *no* me hace daño desde que me la dijo... ¿Quién fué?



—Una figuranta del Circo.  
 —Es verdad. Yo pensaba que me la había dicho una primera bailarina; y has hecho muy bien en desvanecer este error, porque ya no me hace tanto daño.  
 —¿Y después que tome los billetes?  
 —Los traes y arreglas mi equipage.  
 —¿Y después?  
 —Lo llevas á la diligencia.  
 —¿Y después?  
 —Vienes á buscarme para ayudarme á vestir y acompañarme á la diligencia.  
 —¿Y cuándo almuerzo yo, señor?  
 —Esa es cuenta tuya, Francisco. Almuerza cuando te dé la gana, con tal que no me falte nada.  
 —V. tendrá que despedirse.  
 —¿Despedirme? No. ¿Qué importa á mis amigos si voy ó no al Escorial?  
 —Pero....  
 —¿Pero qué?  
 —¿Ha olvidado V. á doña Luisa?  
 —Es verdad. No me acordaba de ella.  
 —¿Irá V. á verla?  
 —Tendría que vestirme, y desnudarme, y volverme á vestir....  
 Francisco, cuando vayamos hácia la diligencia te despedirás tú por mí.  
 —¿Pues quedará contenta!  
 —No importa.  
 —Me voy á evacuar los encargos.  
 —Anda con Dios y vuelve pronto.

Francisco no salió de casa sin haberse comido antes un par de chuletas, que estaban dispuestas para su amo, y bebido un vaso de rancho cariñena, porque era aficionado al vino dulce; pero desempeñó concienzudamente todos los encargos de Meneses. Luis almorzó también, hojeó un libro, recorrió con la vista un periódico, firmó un recibo de cuatro mil reales, y se dejó vestir como un emperador celeste.

A las cuatro en punto de la tarde estaba Luis instalado en un asiento de berlina, y Francisco ocupaba el mismo que la tarde antes.  
 —¡Maldita imperial! murmuraba el criado, cómo se sienten los vaivenes! y si vuelca la diligencia, ¡qué gran costalada daré!

—¿Qué cómodo iría, pensaba el amo, si hubiera tenido Francisco la feliz ocurrencia de tomar toda la berlina! pero ese bribon no piensa en nada.

## CAPITULO II.

## El Monasterio.

Todo el mundo sabe, ó á lo menos una gran parte de todo el mundo, que el monasterio de san Lorenzo del Escorial es uno de los monumentos mas notables que ha legado la arquitectura á las generaciones pasadas, presentes y futuras; y tan grandioso, que disputa á otros célebres edificios el pomposo título de octava maravilla, no adjudicado todavía, y que posiblemente no se adjudicará en mucho tiempo, aunque broten las maravillas como la grama de los prados. Como los tomillos al pié de las corpulentas encinas, se agrupan al pié del real templo algunas casas que componen un pueblecillo miserable, pero que en los meses de estio reúne una gran parte de la mas brillante sociedad que guarda para sí en el invierno la coronada villa y corte. En este humilde pueblecillo se hallaban á la sazón varias notabilidades políticas, aristocráticas y literarias; varias jóvenes encantadoras, varios jóvenes calaveras; y el número correspondiente de tíos, mamás, viejos y viejas que á cada familia pertenece. Magdalena, sus padres y criados se alojaron como mejor pudieron en la mejor fonda del pueblo; y en tanto que Francisco cenaba, bebía y roncaba á pierna suelta, se hallaban reunidos en concejo íntimo de familia la joven y sus dos papás.

—Ya estamos en el Escorial, hija mía, decía el padre bondadosamente á la encantadora Magdalena; pero ahora que no puedes dudar de mi concidencia, quisiera saber qué motivo has tenido para emprender este inesperado viaje.

—Un capricho, querido papá, que V. sabrá disimularme. Quiero visitar el monasterio, dijo Magdalena, besando la mejilla de su buen padre.

—Como tú quieras, hija mía.

—¿Pero no recuerdas, Magdalena, observó la madre, que lo vimos el año pasado?

—Por eso, madre mía, por eso. El año pasado hice amistad con ese magnífico templo, y quiero despedirme de él como de un amigo adorado.

—Estraño cariño, dijo el padre, sonriendo bondadosamente.

—Quién sabe si lo volveré á ver! murmuró Magdalena de un modo que sus palabras no parecían dirigidas al gran trofeo de la batalla de

San Quintín; y los viajeros despues de una comida-cena se retiraron á descansar.

Al día siguiente, y mucho antes que pensarán dejar sus lechos las personas que habían sentado sus reales de verano en el Escorial, Magdalena, sus padres y doncellas se dirigieron al monasterio; eligiendo esta hora, porque la joven no quería encontrarse con familias conocidas, ni perder su tiempo en recibir visitas que ya juzgaba impertinentes. Magdalena no se detuvo ante el edificio, y, con el afán de un sediento que espera encontrar una fuente bajo silvestres emparrados, penetró en la iglesia; corrió hasta el presbiterio; midió doce pasos, retrocediendo; giró sobre sus talones como un recluta; dió su costado derecho al altar, alzó la cabeza que había tenido inclinada, y fijó sus rasgados ojos en un punto de la cornisa, que ella adivinaba sin duda, pues en nada se diferenciaba de toda la restante. Los padres y criados de la joven viagera la miraban con mudo asombro; pero no se atrevían á turbar aquella especie de arrobamiento, aunque mucho deseaban saber la causa que lo originaba.

Trascurrió una hora; Magdalena permaneció inmóvil en su puesto, como un centinela en el suyo; y el gran reló del monasterio empezó á resonar imponente bajo la bóveda sagrada. A la primera campanada se estremeció la joven, frunció ligeramente el ceño y escuchó con suma atención. A la novena campanada cesó el reló, Magdalena lanzó un suspiro, y, dirigiéndose á sus padres, dijo:

—Ya nos podemos retirar.

—¿Tanto afán por venir aquí para retirarte tan pronto? repuso su padre.

—Padre mío, no quiero que nos vean las personas conocidas, y han dado las nueve; sin embargo, si V. quiere que recorramos el monasterio, estoy dispuesta.

—Para qué, hija mía? yo lo he visto mas de veinte veces, y tu madre se halla en el mismo caso.

—Es verdad, repuso la buena señora; y se dirigió la primera hácia la puerta del convento. Al pisar su dintel, Magdalena se detuvo un instante; miró hácia atrás, como si estuviera segura de descubrir un objeto que había perdido; mecía la cabeza lentamente, y murmuró:

—¡Ya no le veré mas!

Este «¡ya no le veré mas!» tampoco parecia dirigido al monasterio, y sin embargo todo el afán de Magdalena se había cifrado en pasar una hora de pié bajo la bóveda del templo. ¡Pobre Magdalena! quizá poseía un alma romancesca, una de esas almas que sueñan, estando los ojos abiertos, y se enamoran de sus sueños. Quizás, como yo vi una vez en boceto de Villamil, que representa la capilla mayor de la catedral de Toledo, una bruja, aplastada como una lechuza en el ángulo superior de una ojiva, con un candelil lleno de aceite verde en la boca, alumbrando la santa capilla; quizás, repito, vió Magdalena en San Lorenzo del Escorial la sombra del tético Felipe II, y quiso despedirse de ella por un capricho inexplicable. Nada sé: sigamos la historia.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

## A UN RIZO DE SUS CABELLOS.

Queridas prendas de mi dueño amado,  
 Prendas de la muger por quien deliro,  
 Recibid como adios enamorado  
 Este que al veros doy, flébil suspiro.  
 Y no por leves desdeñéis sus dones,  
 Que velados en él ¡ay! os envío  
 Todas mis mas queridas osiones,  
 Todo el amor del pensamiento mío.  
 ¡Ah! ¡cuántas veces con mortal angustia  
 Y en abrasadas lágrimas deshecho,  
 En vosotras posé mi frente mustia,  
 Y aura de gozo dilató mi pecho.  
 ¡Cuántas huyendo del rumor cansado,  
 Grito en que el mundo su aflicción devora,  
 Embebecido en tí, rizo adorado,  
 Me vió la tarde y me encontró la aurora!  
 Que el dulce encanto que mi mente aspira  
 Solo mi ardiente corazón percibe,  
 Vago placer de un alma que delira,  
 Y ávida de ilusión, de ilusión vive.  
 Tú, mas hermosa que en abril el prado  
 De frescas flores purpúreas lleno,  
 Tú la de amable risa y perfumado  
 Aliento celestial y blando seno;





Y... (1) de mi amor, mágico hechizo  
 Del alma que adormida en tus favores,  
 Entre sueños oyó, «guarda este rizo,  
 Que enredados en él van mis amores.»  
 ¡Oh! prenda de mi amor, cabello hermoso  
 Que ceñiste su sien... ¡Cuántas memorias  
 Entrelazadas en tu seno undoso,  
 Cuántos misterios de pasadas glorias!  
 Tal vez en tanto que en mullido lecho  
 Reposaba mi bien, rizo querido,  
 Tú, de su níveo levantado pecho,  
 Escuchabas el férvido latido.  
 ¡Oh! ¡cuántas veces en festín brillante,  
 Al ardiente compás de alegre danza,  
 Llegará á ti de improvisado amante  
 Eco de eterno amor y bienandanza!  
 ¡Cuántas de sus mejillas ardorosas  
 El sudor empaparas, cual la abeja  
 Roba del cáliz de las lindas rosas  
 El preciado licor con que se aleja!  
 ¡Cuántos diversos, raudos pensamientos,  
 A tus pies, rizo hermoso, habrán nacido;  
 De cuántos y encontrados sentimientos  
 El poderoso empuje habrás sentido!  
 ¡De cuántas risas vagas, engañosas,  
 Leves suspiros, mudas alegrías,

(1) Complete el lector este verso con un nombre cualquiera de tres sílabas, como Bartola, Marica ó Pendanga.

De cuántas tiernas lágrimas hermosas  
 El venturoso intérprete serías!  
 ¡Cuántas veces en tanto que en su seno  
 Siglos gozaba de eternal delirio,  
 Tú en mi frente posábase sereno,  
 Cual mariposa errante en blanco lirio!  
 ¡Cuántos abrazos, lánguidas caricias,  
 Pudieras recordar, cuánta ventura,  
 Cuántas horas de célicas delicias,  
 De gozo y de placer y de locura!  
 Dulces horas de amor, triunfos amados,  
 Corred, corred, y en lo pasado hundidos;  
 Como de oculto vértigo impulsados  
 A sepultarse al mar vuelan los rios.  
 Volad, volad: ¡á vuestra eterna gloria  
 Qué vale el hierro de la muerte impía,  
 Si escrita queda vuestra amante historia  
 En el cielo inmortal del alma mía?  
 Y... adios; nuestro fatal destino  
 Por siempre nos separa, y nuestra dura  
 Suerte es seguir al mundanal camino,  
 Tú muriendo de amor, yo de amargura.  
 De amargura y dolor, que nuestra historia  
 Siempre leyendo estoy, que es, rizo amado,  
 Cada cabello tuyo, una memoria,  
 Cada grata memoria un bien pasado.

FRANCISCO VILA.



(La pérdida de la libertad.)